

Cuando los dioses comen naranjas
Sobre *El Sueño*, de Antonio Orlando Rodríguez

Daína Chaviano

No son muchos los libros para niños que conjugan las vertientes culturales provenientes de Europa y de África con la misma fuerza, porque no es precisamente fácil conjugar el aliento de los cuentos de hadas europeos con el folclor afrocubano. Semejante híbrido es algo que pocas obras ostentan. [*El Sueño*](#) (Premio UNEAC 1984), de Antonio Orlando Rodríguez, es una de ellas.

Como en los viejos cuentos

El libro narra las aventuras de dos jimaguas que parten de su pueblito en busca de la risa. Los habitantes de este caserío –llamado El Sueño– han perdido la alegría; y los protagonistas, en su peregrinaje por encontrarla, harán contacto con distintos personajes fantásticos.

Desde su primera línea (“Érase una vez...”) hasta el párrafo final (“Los jimaguas tuvieron que contar cada una de sus andanzas por el monte y las siguieron contando hasta que fueron dos ancianitos...”), la forma de narrar se adscribe a la tradición folclórica europea. Sin embargo, buena parte de los personajes tienen un origen africano. Hay múltiples aspectos que el autor aprovechó para caracterizar o subrayar las dos ramas principales de la cultura cubana. Por ello, si el nombre de los protagonistas lleva reminiscencias del lenguaje de los viejos esclavos que mal aprendían el español (Ña Tantá y Ño Tenté) y del sonido retumbante de las maracas (Tiquiriquití y Tiquiriquitó), los personajes que pudiéramos llamar “de apoyo” fueron sacados del folclor popular con raíz española (Blas-ya-comiste-ya-te-vas, Juan-de-los-Palotes, Juana-y-su-hermana).

Del monte a la magia

Una cuidadosa lectura de la obra nos demuestra que, tras la historia mágicamente tejida, se encuentra un *leitmotiv* mayor: la presencia del monte cubano. Árboles, arbustos y frutas salen al paso de los personajes o son responsables directos de sus aventuras, criterios y juicios. A esto debe añadirse el vínculo del reino vegetal con diversas situaciones mágicas, lo cual nos remite a una obra que ha sido compendio de las creencias afrocubanas relacionadas con el uso de las yerbas y su nexa con los dioses del panteón yoruba: *El monte*, de Lydia Cabrera (1940).

La relación entre magia y monte se hace patente desde la primera parte de *El Sueño*, cuando en el conuco de Ña Tantá y Ño Tenté comienzan a producirse extraños incidentes: “...de granos de frijol llenaron su tierrita. Pasaron los días y ¡caramba! en los surcos empezaron a crecer tallos de

yuca”. Este es el inicio de una serie de catástrofes similares: “Sembraron ajonjolí y se llenó de maticas de café, sembraron malangas y aquello se convirtió en un señor calabazal”.

El papel mágico del mundo vegetal es tan prominente que incluso da lugar al nacimiento de los protagonistas, cuando un gigantesco aguacate cae a los pies del matrimonio: “Dentro de la pulpa, justo en el sitio donde debía estar la semilla, durmiendo como en un regazo fresco y perfumado, había dos chiquillos”. A partir de ahí, cada criatura del monte (tanto plantas como animales) será parte de la trama y actuarán como protagonistas de vivencias inverosímiles.

Otra de las características del libro es su regodeo en el paladar. En estas páginas se encuentran presentes muchos platos típicos de la comida cubana. Se mencionan tortas de casabe, barras de membrillo, garapiña, yemitas de coco, natilla, potaje de frijoles blancos y otros. Pero la aparición de las comidas no se limita a la mera ambientación; su función es ilustrativa. Por ejemplo, aunque los dos niños eran tan semejantes “que hasta soñaban las mismas cosas”, Ña Tantá los distinguía fácilmente: “Los mimos de Tiquiriquití saben a yemita de coco, y los de Tiquiriquití a natilla”. También los estados de ánimo se hacen explícitos a través de símiles culinarios: “La vida en el caserío, que hasta entonces había sido maravillosa y simple como un soplo de rocío, se volvió polvorienta, descolorida; soportable, sí, pero sin misterios – exactamente igual que una galleta sin mantequilla”. Hasta los paisajes se describen a través de ciertas frutas: “La luna, que al principio era como un platanito y después una calabaza blanca”.

De la magia al humor

Hay mucho humor aparejado con el tema culinario. En su largo peregrinaje en busca de la risa, los jimaguas encuentran una cazuela maravillosa: “¿Qué, traen hambre? –Y como los viajeros asintieron enérgicamente y tragando en seco, la olla parlanchina comenzó a girar más veloz que un trompo y de su interior salieron, en relampagueante desfile, platos con frituras de malanga y de maíz, fuentes de patacones y enchilado de cangrejos, y picadillo, tamales, empanadas, fricasé de pollo y masas de puerco fritas”. La aptitud mágica de la olla alcanza un colofón inesperado: “–¿Y usted no piensa probar ni un boniato salcochado? –preguntó Tiquiriquití a la cazuela mágica”. A lo cual ella responde: “–No. Cuando cocino se me quita el apetito”.

No faltan representantes de nuestra fauna, recreados en esta aventura para niños. Cocuyos, grillos, sapos, murciélagos, sijúes, ciempiés, lechuzas, jutías y jicoteas, también participan del jolgorio y no están exentos de toques humorísticos. Así vemos que en un manigual frondoso “habitaban unas arañas taciturnas y peludas que se pasaban la vida tejiendo trampas por todos lados, con la esperanza de capturar a algún incauto y ponerlo a su servicio como peluquero”.

Antonio Orlando Rodríguez no deja de lado una de sus líneas predilectas: la exposición del horror, que él exorciza a través de la sonrisa.

Del humor al mito

Uno de los seres más temibles de la mitología cubana es el güije –especie de enanillo negro que habita en ríos y lagunas. Su mala fama, sin embargo, no parece haber intimidado los ánimos del escritor. Así los presenta en este libro: “La laguna parecía una olla de grillos. Estaba repleta de güijes, todos prietos, de ojos saltones, enanitos y cabezones, que brincaban encueros de un lado para otro, soplando unos pitos de calabaza de lo más ruidosos y haciendo tintinear sus collares de cascabeles”.

Esta descripción contrarresta la noción del güije fantasmal. Una escena donde se exponen los sentimientos de estas criaturas muestra el carácter lúdico de toda la narración. En medio de la fiesta orgiástica –saltos, cascabeles y pitos que suenan por doquier–, los jimaguas descubren a un güijecito triste y solitario, encaramado sobre un nenúfar:

–Hola –lo saludaron—. ¿Dónde está tu pito? ¿Qué haces que no juegas?

El güije pestañeó confundido y, con una voz ronca y estrujada, contó que una noche sin luna en que se sentía romántico y estaba tocando una serenata de pitazos para su novia-güije, alguien que no pudo ver en la oscuridad le dio a traición un coscorrón, le puso una zancadilla y le había arrebatado luego el pito de fabricar risas.

Otros seres legendarios del folclor cubano aparecen con ribetes humanizados, como la madre de aguas. Este mito se presenta en diversos grupos étnico-culturales de América. En su *Mitología cubana*, Samuel Feijoó recoge algunas fábulas que presentan a la madre de aguas como una fuerza o entidad maléfica. Sin embargo, el investigador también cita una leyenda africana donde la madre de aguas resulta un ser benéfico. A esta corriente pertenece la madre de aguas cubana, que es “un majá poderoso y mágico, relativamente bienhechor porque mantiene las aguas corrientes donde quiere las habita”. Esa es la variante que Antonio Orlando Rodríguez utiliza como personaje en *El Sueño*: bondadosa, antigua e impresionante en su descomunal talla.

Del mito a la poesía

Otro recurso utilizado por el autor consiste en adjudicar sentimientos o actitudes humanas a entidades mítico-legendarias, y también a plantas y animales, lo cual alcanza su clímax cuando son los propios objetos e incluso entidades aún más impersonales –como los sustantivos– los que cobran vida.

En el segundo capítulo de *El Sueño* se hace necesario encontrar un nombre a los jimaguas recién nacidos. Todo el caserío comienza a llevar sus sugerencias al bohío de Ña Tantá y Ño Tenté. Como si se tratara de objetos palpables, los viejitos tratan de hacerles sitio: “... los ponían en la despensa, dentro de los calderos, en el pilón, en las gavetas, encima de los taburetes y de la

mesa, y hasta debajo de las colchonetas”. Los nombres dejan de ser entes insustanciales para cobrar dimensión propia, hasta el punto en que “una noche el bastidor de la cama, con tanto peso, se desfondó”. Por si fuera poco, los nombres rivalizan para llamar la atención: “Tocaban rumba en las paredes, echaban peleas de caracoles, jugaban a los agarrados y al tesoro escondido”.

Quizás el episodio más surrealista sea aquel donde un trillo trata de escapar. Por más que los jimaguas lo persiguen, siempre se escabulle con la agilidad de un conejo. A pesar de lo insólito de la situación, las descripciones logran imágenes muy cinematográficas de los acontecimientos.

Orishas y otras divinidades

No se puede finalizar un acercamiento a *El Sueño* sin mencionar la importancia del panteón afro cubano en el desarrollo de la historia.

Aunque la presencia de los dioses no se hace explícita, sus atributos y características posibilitan el reconocimiento de los mismos. Para quien no conozca el panteón de los *orishas*, la trama transcurrirá entre el misterio y la magia, aunque su sabor africano no dejará de estar presente. Para el iniciado, el disfrute será doble. Avanzará entre las páginas, descubriendo a cuál dios o diosa pertenecen determinada planta o animal, y podrá saber quién se oculta bajo los colores de la vestimenta.

Adivinará que el Dueño de los Secretos es Orula o Ifá, cuyas ropas son verdes y amarillas. Cuando aparece el pavorreal, sabrá que se trata de Oshún, pues navega en una barca-calabaza (fruta que le está consagrada), tiene collar y manillas de oro (su metal), viste de amarillo (su color), se identifica como señora del río de miel, huele a canela y ofrece naranjas, melones y pomarrosas. Y cuando ella pide una flor, los niños le alcanzan un girasol. También encontramos al Dueño de los Caminos. Aunque no se menciona su nombre, sabemos que se trata de Elegguá: va vestido de rojo y negro, habita en una piedra y gusta de hacer maldades. Los propios jimaguas nos remiten a los Ibeyi: diosecillos glotonos, que adoran los dulces y realizan travesuras de todo tipo.

Con este libro de Antonio Orlando Rodríguez, niños y jóvenes podrán aproximarse de manera más visceral y poética al mestizaje de la cultura cubana. Los personajes de *El Sueño* nos dejan el sabor de una aventura que quisiera ser repetida, continuada, y llevaba más allá del disfrute: nos gustaría que fuera una historia que no terminara nunca.

La Habana, 1984